

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS

Subscripción en Madrid.

Por un mes..... 8 reales
Por tres id..... 20 id..

Subscripción en Provincias.

Tres meses..... 26 reales.
Por seis ídem..... 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año..... 120 reales.
(Franco de porte).

Colocacion en el BANCO DE ECONOMIAS, de un real por mes de subscripción, para atender a las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de gracia, 15.

IMPORTANTE.

Siendo el sorteo del 30 de 15,000 billetes, nos es imposible celebrar el de los regalos de este mes, que con el del mes entrante se verificarán en el sorteo del 12, si fuese de 50,000 billetes.

Los señores suscritores á los cuales se les ha concluido el tiempo de su abono, se servirán renovarlo á fin de que no esperimenten retraso en recibir el periódico.

Con el número siguiente acompañaremos la segunda entrega de *El Camino de Presidio* á los que tienen derecho á ella.

En el siguiente número daremos noticia del resultado de los regalos extraordinarios del presente mes.

SUMARIO. *Baile de trajes* en casa de los señores condes de Fernan-Núñez.—*El Purnaso*.—*Revista de la semana*.—*Sueltos*.—*Todos somos iguales*, por T. Alfaro.

BAILE DE LOS CONDES DE FERNAN-NUÑEZ.

Nuestros lectores verán con gusto la siguiente elegante carta en que una pluma que goza de alto renombre ha sabido retratar los encantos de aquella aristocrática fiesta. La carta ha sido dirigida á la *España* y está concebida en los términos siguientes:

«Señor director de la *España*.

Muy señor mío: Tenía vivo deseo de complacer á V. describiendo, como me lo pide, el baile de trajes de los duques de Fernan-Núñez para su apreciable periódico, cuando llegaron á mis manos los adjuntos papeles que del mismo asunto tratan, y como yo no pudiera hacerlo de otra manera, ruego á V. los admita y dé por pagada la deuda literaria de su afectísimo.—M. DE M.

I.

CARTA DE UN MÚSICO Á UN OBISPO.

Hno. señor: Desea V. S. I. que le dé cuenta de la gran solemnidad y espléndido baile de trajes celebrado en la noche del 14 en el palacio de los duques de Fernan-Núñez. ¡Vive Dios! como diría un amigo mío, que la empresa, no solo es superior á mis fuerzas, sino que dejaría desairadas

las plumas de los mas egregios escritores; pero como quiera que yo no pueda negar cosa alguna á V. S. I., y que en el caso presente mas quiero mostrar mi gratitud que no mi entendimiento, y que ello sea de suyo tan excelente que de lo poco que diga se ha de inferir lo mucho que callo, y que además V. S. I. tiene medios de sacar por el hilo el ovillo, allá voy á devanar como pueda esta madeja de placeres y de riquezas y de maravillas que ha tenido enredada á la corte casi por espacio de dos meses.

Pero antes de entrar en materia, debo hacer una protesta de parcialidad: V. S. I. sabe mis circunstancias y las de mi familia, y no estrañará, si le digo que vivimos con desahogo y aun con abundancia estas semanas, que miro con afecto las cosas y las personas que semejante holgura me proporcionan.

Mi padre, músico de realistas, me enseñó á tocar un instrumento y á veces acompañaba al solfeo en mis costillas con otro menos apacible para enseñarme la gramática ó para quitarme de entre las manos las poesias de Zorrilla ó los artículos de Figaro; mis dos hermanos mayores tomaron oficio, el uno tirador de oro, el otro tejedor de medias de seda; mi madre y mis hermanos luego que la viudez y la orfandad los sorprendió, se pusieron á casulleros y bordadores de oro y realce, que no parece sino que el diablo nos llevaba á todos por oficios que habian de venir á menos. Bien sabe V. S. I. los apuros de Pablo el tejedor, cuando en vez de calzas y medias de seda que antes se llevaban en los besamanos y tribunales, han venido á usarse medias y calcetines y aun esos de algodón y de hilo de Escocia, que viene á ser lo mismo. Pues Anselmo el tirador de oro que mientras duraron en la milicia las charreteras, y en las basquiñas los flecos, y en las procesiones las borlas de estandarte, anduvo grandemente; de algun tiempo acá cas no puede dar pan á sus hijos, porque dice que las damas en vez de lucir el menudo pié y el moñillo andaloz barren esas calles con las colas de gros y los mirinaques de hierro; y de las charreteras no hay que hablar sino que pertenecen á la historia eclipsadas por las estrellas de moderna ordenanza. ¡En fin, Sr. para qué contar miserias! V. S. I. las sabe porque las ha socorrido varias veces, y comprende por lo tanto mi alegría de poco acá viendo que todos estos y otros muchos amigos míos que viven del trabajo de sus manos, lo han tenido abundante y bien recompensado, merced á los duques que con su novísima fiesta han traído á los talleres del pueblo, no solo el tributo de la generacion presente, sino el consumo de gentes que pasaron.

En cuanto á mi, que asistiendo á los teatros y dando serenatas tocaba en mi niñez la *pítila*, en mi juventud el himno de Riego y ahora la canción de Africa, me he acostumbrado á mirar á la aristocracia de la calle al balcon y al mundo como quien dice desde abajo arriba. Solo en este caso lo he visto á mi nivel y aun puedo decir desde arriba á abajo; y alcanzo á asegurar á V. S. I. que la buena sociedad si desde tal punto no parece tan alta, tampoco parece tan mala, la envidia, decia V. S. I. con razon, mira con cristal ahumado y de aumento, y yo le digo á V. S. I. que un baile de trajes á vista de pájaro es cosa divertida, sin duda, y provechosa además. Basta de introduccion, y vamos á describirlo.

Ni la casa ni aun la cena eran para mí nuevas: cuando el duque abrió la primera el día de Carnaval, yo y toda mi familia y todos mis amigos que por aquel barrio vivan; gozamos las primicias de aquellos magníficos aposentos; antes que entraran los convidados fuimos admitidos y muchos contentares de gentes desfilamos bajo aquellas doradas bóvedas y por aquellas matizadas alfombras con pasmo en los ojos; pero sin envidia en el corazón, sin comozon en las manos, sin codicia en el alma. Y en cuanto á la cena, diré á V. S. I., que un pobre amigo mio, que aun está en el hospital con un tabardillo atrapado en los toros, me dió noticia de ella por unos estupendos salmones con que la santa casa habia sido regalada dias atrás.

Bendita sea la religion santa que V. S. I. me explicaba cuando era cura de mi parroquia; ella me ha dado el secreto para resignarme y aun contentarme con mi pobreza y para no codiciar y aun á veces compadecer la riqueza ajena, pero en el caso presente, ¿por qué he de querer mal á mi vecino que me socorre y ampara siendo rico, que me abre las puertas en sus fiestas y viene á llamar en las mías en sus aflicciones?

Pero ya dirá V. S. I. que son demasiadas filosofías estas que gasto, que todo lo que digo ya se lo sabe de coro y que lo que pregunta y le importa es lo que callo, es á saber, el baile y el sitio en que se dió.

Es este parte del que ocupó siglos atrás la casa de campo de Antonio Perez: en ella y en los para algunos dichosos tiempos de Felipe II, se celebró un banquete en que por órden de aquel rey se dió veneno á Juan de Escobedo, castigando luego con la hoguera á una pobre cocinera negra, inocente de todo delito en el infame crimen. (Fiestas por fiestas, prefiero la presente.) Y volviendo al sitio, en él se alza la casa de los condes de Cervellon, de grata memoria para todos sus convecinos. Casa renovada casi completamente por sus actuales poseedores.

Su fachada repleta de gas ostentaba las cifras de Isabel II, como para decir que ante el fulgor de esa régia visita toda gerarquía se allana y toda ilustracion se eclipsa. En el primer tramo de la escalera de mármol nos salia al encuentro á cada cual, lo que nos es mas grato, nuestra propia imágen, porque un espejo colosal, dispuesto hábilmente y oculto tras un saltador de agua permanente y cristalina, reflejaba la imágen de cada cual entre curvaduras de vivas plantas y matizadas flores. No es la escalera régia, ni anchurosa, pero es elegante por demás, cómoda en gran manera; parece como que retrata nuestra organizacion social diversa de la de otras naciones; aquí la aristocracia no está á trechos y puros escalones sobre el estado llano, poras gradas se separan, y esas fáciles de subir, llenas de luz, rodeadas de flores. Viene después una

antesala, en que no reparé mucho, y de ella parten por uno y otro lado galerías de comunicacion. Son los claustros y corredores en las casas como las venas en el cuerpo que hacen fácil la circulacion, sonrosado y apacible el color, grato el movimiento.

Estas galerías son varias y de vario adorno: en una de las banquetas corridas proporcionaban descanso á los recién llegados, y los retratos de ilustres antepasados como que les daban la bienvenida y sonreían al ver resucitar los trajes y brillar las armaduras que ellos usaron; otras logias cubiertas de cristales daban abrigo á las camelias del Japon, á las rosas de Constantinopla y á los frutos dorados de Malta y de Valencia; y al par de esta galeria en que se estremaba la hermosura de la naturaleza, corria otra que el arte habia adornado con mas sublime belleza. Allí lucia la magnífica estátua de Mingheli presentada en la esposicion de Londres, la *Leggitrica*. Es una encantadora é inocente niña como de catorce años, apenas vestida de la camisa, sentada en una pobre silla de anea, que lee con curiosa infantil inocencia el libro de *I Promessi Sposi*: el cincel del escultor ó la novela de Manzoni hacen por milagro que aquellos ojos de mármol vean, y que los labios de la estátua se muevan, y que los latidos del corazón se vean bajo el pecho de piedra.

Mas allá la estátua de Vela *La pobre prisionera*, movia á tanto dolor como admiracion; ni decir que una y otra obra pertenecian al género de arte mas inclinado á copiar la naturaleza que á idealizarla; otro tanto dijeron de un grupo de niños que retrataba á los hijos de la casa jugando con algunas baratijas, obra tambien de la escuela italiana; yo no me meto en éstas profundidades ni las entiendo; solo digo que aquellas figuras me parecieron tan vivas que casi extrañe que las hubiesen dejado entrar sin venir de traje. Tambien allí, pendiente de la pared, se veía el armés de un rey moro cogido no sé por qué ascendiente de los años de la casa en una batalla de que no me acuerdo: es de oro esmaltado y de un trabajo parecido á lo que yo he visto en Tetuan cuando estuve con mi regimiento; de donde infero que ni los moros han cambiado en arte, ni nosotros en valor, me alegro. Siempre he tenido inclinacion á los moros porque me doy á entender que con sus largas guerras han sido parte de que todas las clases y todas las condiciones de España se amen entre si de generacion en generacion, como que no son siervos y señores, como cuentan de Rusia y de otras partes, sino jefes y soldados conmitones en una campaña de ochocientos años.

Cercana al ingreso de estas galerías estaba la entrada á las habitaciones: en la primera, amueblada de encarnado, llenaban las paredes cuadros de no muy antiguos pintores, aunque si de estrenado mérito: dos de Goya, retratos de los duques de Fernan-Núñez, abuelos del actual, hubieran hecho el encanto de mi pobre hermano: el cordonero: tanta vida tenia en ellos el antiguo traje de mozo que encomiaba D. Ramon de la Cruz y criticaba Jovellanos. Madrazo tambien ha dejado allí recuerdo de su pincel, y en otros sitios de la casa vi luego la Pascuella de Palmarelli, una virgen de German Hernandez, las primicias de Ferrandis y cuadros de Zamacois, y gallegadas de Fierros, y retratos de D. Vicente y D. Luis Lopez; con otros que sin duda se me escaparían, y dije para mi capote: bien haya quien sea que coser á los sastres, y que tocar á los músicos, y que adornar á los adornistas, y que modelar á los escultores, y que pintar á los pintores, y que tocar, en fin, á mi pobre músico.

Pensando en esto, entré por la sala de baile; el pavil-

mento está entarimado de mosaico de maderas duras: en las paredes lunas de espejos tan discretamente colocadas, que reproducen al infinito las luces; de la altísima bóveda imitando al cielo, pende tal número de luces que parece que la noche y el día competían entre sí, dando esta la claridad del sol y aquella la inmensidad de los luceros. Los adornos que según me dijo un dorador, que trabajó en ellos, son del gusto rococó (yo no entiendo de esto) han costado no sé cuánto y han tardado el tiempo bastante para que este mi amigo hiciese su largo viaje desde los últimos confines de la democracia en que vivía, hasta ser un apasionadísimo partidario del duque que le ha estado manteniendo durante una penosa enfermedad y.... «si vieses, me decía, con qué llaneza me dió el otro día una breva de la vuelta de abajo.» Pues los muebles de brocado tejidos á propósito en Barcelona, creo yo que han de haber llevado mas comodidad á los pelaires que lo han labrado que no á los bailarines que se han sentado en ellos: el entallado de oro entre jardinera y respaldo no sé decir á quién servia mejor, si á las flores ó á las hermosas.

Tras de este salon venia una sala cuadrada de techo artesonado y no tan alto, que era como la Puerta del Sol de aquella casa; en ella desembocaba la galería de que ya he hablado, puesta en comunicacion con la sala de baile por medio de lunas de espejo desazogadas que facilitaban la vista sin aumentar la confusion: Por ella tambien se entraba á dos comedores, el uno menor por encuadramientos del nogal y cuadras de *Mario del Fiori*, en el cual hallaban refrigerio los que, mas parcos ó mas prudentes, se contentaban con helados, té y bizcochos. En el otro, mas vasto y grandioso, revestido de entallados de roble y de tapices de Aubusson, se preparaba una cena mas fundamental y succulenta, en que cada convidado tuviese asiento y hallasen dentro en qué lucir el salmón de rosado color, el faisán de dorada pluma y la púa de nuestras Antillas y la breve naranja que D. José Polo achimata en sus huertas de Gurrizana. Cena espléndida que habia de honrar con su presencia la reina de España, que habia de satisfacer á los mas sibaritas consumidores, pero que por una providencial casualidad habia ocho dias antes servido sus primeros platos á la majestad del dolor y al alivio de los enfermos.

Cuando le digo á V. S. I. que se me ha pegado la manía de sermonear.

Así mismo al salon que llamo la Puerta del Sol confuye otra serie de piezas de descanso, en una de las cuales, tapizada de verde manzanil, estaba la mesa de billar; pero ella y el ajedrez, que pone á prueba la paciencia china, y los naipes que allá en la cueva de Montesinos barajaba Durandarte, y otros honestos entretenimientos, estaban desatendidos, muertos, y como quien dice, de cuerpo presente, porque su alma, su gracia y su picante interés se habian de encarnar dentro de poco en galantes caballeros y graciosísimas damas que simbólicamente los personificaban.

No distante de aquellos aposentos habia otros, por decirlo así, mas intimos, mas personales, de los amos de la casa, que en su cordial acogida nada habian reservado á sus convidados: en el uno, estucado y con encuadramientos de madera, pendian berizos de la escuela francesa del siglo pasado y retratos de familia contemporáneos; lo adornaban contornos y librerías de ébano y de concha, y de ellas cualquier estudioso hubiera podido sacar deliciosas obras de nuestros poetas y novelistas actuales, ó de nuestros anti-

guos clásicos escritores, sin temor de que distrajesen su lectura la apartada algarazara de la sala de baile.

La de dormir ostentaba á la tenue luz de transparentes lámparas, la cama de palo santo cubierta de encajes de Flandes, y vecino de allí el tocador tapizado de Persia con utensilios de plata cincelada. Pero lo que mas me llamó la atención fué un reclinatorio ó humilladero, como antes se decía; en él, una lámpara dulce y misteriosa como una fé, alumbraba un pequeño retablo de artístico y precioso esmalte del siglo XVI. Tengo para mí que V. S. I. se hubiera alegrado de ver esto, porque, como me decía muchas veces, es bueno y santo no avergonzarse de la librea de Jesucristo, y aunque no hay para qué hacer inoportuna gala de nuestras creencias, bueno es que en el secreto de nuestra morada y en el estruendo de nuestros regocijos, aparezcan señales de ellas.

Mas lejos, en fin, y en lugar cerrado y en ala diferente del edificio, en sitio á donde no pudiera llegar sino quien se sintiese estimulado por el aguijon, se encontraban, como quien dice, «La Vuelta de Abajo,» en que habia inundación de pajillas y papelillos, y aguacero de trabucos, imperiales, ministeriales, brevas y demás categóricas modificaciones de narcótico tabaco habanero.

I.

UN BAILE Á VISTA DE PÁJARO.

Yo no sé si mareado con el humo del cigarro ó si conmovido con una oracion que á mi manera habia procurado hacer allá en el reclinatorio, mezclando en ella á mis pobres hijos, que estaban en el portal, y á los hijos mismos de los duques, que me habian llevado de la mano á ver la casa, ignorando inocentemente que de ella tomaba pan mi familia ha mas de un mes; yo no sé, digo, si desvanecido por aquel humo ó por estos pensamientos, tube de entretenerme mas de lo justo y di lugar á que viniese una requisitoria en busca mia. Subí apresuradamente por una escalera interior, llegué ansioso á la tribuna de la orquesta, mis compañeros estaban ya delante de sus atriles, la sala que á nuestros piés y á vista de pájaro se divisaba, estaba cuajada de gente; ibase á dar la señal de baile, emboqué mi corneta y parecióme que al soñar desde el dorado cielo producía á mis piés el efecto de la trompeta del juicio final. ¡Oh, qué de gentes aparecieron allí como evocadas de distintos siglos, de distintos países, de contrapuestas razas. Asirios, persas, babilonios, griegos y romanos, y los que beben las frias aguas del Don, del Volga y del Danubio, los que cultivan los apacibles campos del Turia y del Carellano y los que se acampan en las vertientes del Atlas y los que trepan por las quebraduras y no sujetas asperezas de la Calabria.

Por un extraño fenómeno de mi imaginacion, confundía nombres con nombres, y épocas con épocas, así como por una ley providencial han de concurrir en un solo punto todas las condiciones, todos los países y todos los tiempos. Parecióme que departian amigablemente Felipe II y el principe de Orange, Saffo y Phedra andaban allí revueltas con Ana Bolena y la Dubarry, y los severos y religiosos hijos de San Raimundo de Fitero se dejaban seducir por las gitanas de aquende y allende los Pirineos. Los cortesanos de Luis XV buscaban parejas entre las recatadas damiselas del siglo XIII, y la infelizmente María Antonieta aceptaba helados de manos de los convencionales ó quizá de los templarios. Los senadores de Venecia tomaban lecciones de política y envidiaban la toga de Javellanos. En esta confusion de ideas y

de personas, mi mente fué encarnando las unas ó idealizando las otras, y no alcanzaré ahora á recordar cuántos y cuán bellos ensueños pude ver: aquí una Salamandra ardiendo sin consumirse en el fuego que sus miradas encendían y cuyas verdes manos, con agudas uñas de oro, mas eran para codiciadas que para tenidas.

Allá un pájaro del Paraíso, merecía este título, mas por el azul celeste de sus ojos que por el esplendor aéreo de sus plumas. Y ¡qué diré de los diablillos gentiles y tentadores que por allí rebullían con toda la apariencia de ángeles, con todo el celeste encanto que por aquí abajo tienen nuestras pasiones! Habíalos de color de rosa, colorados y de cuantos matices en fin, pone en su diestra paleta el perpetuo perturbador de los corazones. Los cuarnecillos eran de piedras preciosas; con plumas ligerísimas adornaban la frente y blandían en la mano, quién el cetro infernal, quién el bidente de Pluton, armas inútiles á la verdad, en quien tales ojos esgrime. El amor se habia personificado también como la riqueza, y á la par que las aves, las abejas tenían su representante; pero amor que solo despierta ideas nobles, riqueza con la cual se compran las buenas acciones, aves que levantan su vuelo mas alto de la tierra y abejas que, fabricando miel y cera, á nadie clavan el aguijón de la envidia. Hasta los juegos, como dije al principio, tenían aquí su representación: quién llevaba por florones de su corona los trevejos de ajedrez; quién realzaba su diadema con pintados naipes. Luego las horas del día y de noche se personificaron, y allí en el fondo vi aparecer noches lúgubres y bellas como las de Young, y serenas como las de Leon, y de verano como las de Shakespéare, unas sobre el manto celeste, sobre el trasparente velo, ostentaban las estrellas de plata, otras guarnecían su ligera falda con leves plumas tan vaporosas como la nieve.

En esto observé gran movimiento hacia una parte; tropel de gente entró por aquel lado, yo abrí mas los ojos; miré con mas intencion, pero acontece á veces que cuanto mas se fija la mirada mas desvanecida va la mente. Así es que no sabré decir si quien entró por la puerta era la misma Reina Esther, salvadora del pueblo escogido, pia y religiosa, clemente y buena, ó si era esta Isabel II que ahora reina en España. La mitra recamada de piedras de color al modo persa, la falda de jacinto de que habla la Biblia, el manto, insignia de soberanía que pendía de sus hombros, me persuadian de ello, pero aun no sé qué de afable y conocido, de maternal y grato que sonreían en su semblante, me daba á entender que era la soberana de Castilla, y allá junto al corazon, en fin, no sé qué brillo se notaba, que algunos decían ser un colosal broche de esmeralda, y otros la cicatriz de una herida perdonada cuando aun brotaba la sangre.

Yo, J. S., no sabré poner en claro este punto; pero tengo para mí que cuando las joyas materiales se unen y hermanan á joyas del alma, como la magnanimidad y la compasion inagotable, no solo no hay en el mundo tesoros con que pagarlas, sino que Dios mismo apela á la eternidad para darles premio.

Venían también en aquella tropa, unos dicen que Felipe III, otros que el rey con suma propiedad vestido; y con tanta afabilidad y llaneza, que no traía al pecho, no ya el vellon de Borgoña, pero ni siquiera la roja cruz de Calatrava; y luego una infanta de Castilla, con tal gracia y tal verdad ataviada de esclava judía, que por tal se la tuviera á no desmentirlo, ni mas que la riqueza de sus joyas, la no-

ble majestad de su semblante. Dicen que eran príncipes franceses unos que allí juntos venían, pero era tal la exactitud y esmero de los trajes africanos que llevaban, que yo dudára del origen europeo de aquellas personas si no supiera que en las campañas de Argelia y en la expedición de Tetuan han tenido medios de aprender el modo de vestir y aun de peléar de los agarenos.

Doña Isabel Clara Eugenia, la infanta hija amada de Felipe II y gobernadora de Flandes, venia allí cerca hablando carinosamente con un caballero de la misma época; dijéronme que era D. Sebastian, no sé si seria el de Portugal, bien pudiera, pues iba entre africanos.

No bien todos aquellos recién venidos se hubieron acomodado en sendos sillones de oro y terciopelo carmesí, cuando comenzó á desfilar por delante de ellos un grupo de calabreses apuestos sin duda y bien armados, pero sobre todo con unas compañeras de tal gracia y tales miradas, que si aparecieran en Nápoles mal año pasarían las corazas piamontesas, por fuertes que fuéren.

Luego en seguida unos reyes de armas con dalmáticas blasonadas con las armas de Castilla, procuraron y consiguieron difícilmente abrirse paso; seguíanles dos donceles y detrás un personaje con ese aire severo y pensativo que han tenido en todo tiempo los hombre de letras, y mas especialmente los filólogos; se puso delante de los recién venidos, hizo profunda reverencia y comenzó á leer en un pergamino el nombre y títulos de varios personajes, perteneciendo todos á la memorable época de Isabel la Católica; dijéronme que se llamaba el lector Antonio de Labrija ó Nebrija, que ni aun en esto andaban concordes; yo lo dudo; porque este hablaba claro el español y el otro tengo para mí que habla de pedir en latin hasta el chocolate, dado que lo hubiera en su tiempo y que él lo tomara; el tal pergamino decía así:

Doña Leonor de Lezcano; presumía que esta seria aquella noble doncella vizcaina á quien la reina Católica engalanó con sus propias joyas estando en el señorío; pero uno de mis compañeros se me llegó al oído y me dijo: «doña María de Toledo.» El lector continuó: el capitán Gonzalo de Ayora; yo recordaba que esta fué el primer jefe de la Guardia real: mi interlocutor me dijo: «el marqués de Aranda.» Gritó abajo el lector: doña María Suarez de Figueroa; presumi por el apellido que era la hija del conde de la Coruña; pero mi compañero me dijo: no, sino del Sr. de Rubianes y luego decían abajo: Hernan-Perez del Pulgar y á mi lado D. José Alvarez de Toledo. Dos parejas vinieron luego con traje africano, tan rico y propio que no parecia sino que turbantes y alguaciles, y marlotas, y telas, y armas, se habian conservado por encantamiento en la Alhambra. Tarfe y Zoraya, Boabdil y Moraima los llamaba el maestro Nebrija. Mi apuntador murmuraba otros nombres (Alonso de Toledo, señorita de Caballero, Sr. de Quiñones, duquesa de Fernan-Núñez); quiénes eran no lo sé á punto fijo: los trajes tenían la riqueza oriental, los semblantes, la afabilidad cristiana.

Luego añadió el introductor: el capitán Francisco Ramirez de Madrid: Victor, dije yo al sitiador de Málaga; mi compañero me decía «el marqués de Añón su nieto.» Doña Beatriz Galindo la Latina, (la marquesa de Heredia, que lleva su sangre aunque no sepa latin). La condesa de Medeflin, (la de Campo-Alange). Mosen Requesens, capitán de la flota, (D. Trinidad Garcia de Quesada). El conde de Tendilla; bien por el modesto testigo de la capitulación de Gra-

nada, (el vizconde del Pontón). La marquesa de Moya, salud á la amiga y defensora de Isabel (la de Molins). La marquesa de Villena, (señora de Saavedra). El marqués de Cádiz: mil años viva el héroe de Granada (conde de Velle). Gonzalo Fernando de Córdoba, el gran capitán (duque de Fernan-Núñez). Doña María Manrique su mujer (condesa de Lumiares). Cristóbal Colon (su nieto). El gran cardenal de España D. Pedro de Mendoza (Sr. D. Eduardo Sancha). Fr. Tomás de Torquemada (Mr. Nicolás). La regente de Navarra, madama Magdalena de Francia (condesa de Sclafani). Embajador de Navarra (marqués Scepeaux). La infanta doña Juana (condesa de Velle). El duque de Medinastonia (su nieto el de Ferdinandina). La infanta doña Isabel (la marquesa de Aranda). El príncipe don Juan (el marqués de Serdoal). El rey Católico (D. Gonzalo Saavedra), y la reina Católica (señorita de Campo Alange). Los cuatro maestros de los órdenes parece que contaban, cerrando la retaguardia, el ímpetu de aquella muchedumbre curiosa; todo fué inútil, pasaron todas aquellas grandes figuras como pasa todo en el mundo, con placentero brillo mientras luce, con vago recuerdo cuando ha desaparecido; y nueva confusión se produjo, y el lugar que ellos dejaron ocuparon otros.

Allí vimos en masas senadores de Venecia, última reliquia de una oligarquía de siglos, y turcos modernos hablando con Quevedo, que ve en el cambio de traje el cumplimiento de su profecía, la caída del imperio mahometano. Mas y mas quise ver, y no pude porque me faltó aliento y vista. Había allí tanta ilusión, que necesitaba salir libremente á respirar la realidad como el aire libre. Por eso no vi la entrada de Ataba, que se presentó con todo el esplendor de los reyes de Israel, en hombros de esclavos orientales, cubierta de palio de brocado, coronada de esmeraldas y brillantes y envuelta en telas riquísimas salpicadas de pedrería: dijéronme que traía la espada desnuda con que se había la terrible reina abierto paso á las gradas del trono; pero dijéronme también que desmentía su semblante tanta impiedad, y que á pesar de los ojos bordados en su manto, los negros de su semblante muestran bien que se han abierto á mejor luz bajo las góticas bóvedas de las iglesias de Andalucía.

Pienso que ha de estar ya V. S. I. harto de mi escrito y aun escarmentado de mis noticias; díselas con todo á V. S. I. tan detalladas porque supongo que ha de tener consuelo viendo de qué manera comienzo á comprender por los beneficios materiales que la riqueza misma, no guardada en cajones, sino repartida en los talleres, es un medio de predicación para hacer el trabajo mas dulce y la opulencia, por decirlo así, mas legítima.

He sabido luego, y la experiencia me ha llegado demasiado cerca, que el duque ha dado una copiosa limosna á los pobres de su vecindad como memoria de la honra que la Reina ha dispensado al barrio visitando su casa: digome, pues, si un sarao que principia por alimentar á tantos artesanos y concluye por consolar á los pobres y á los enfermos no tiene visos ú efectos, á lo menos, de obra de caridad, yo, para mí, como tal la recibo, y pido á Dios que proteja, para desengaño de muchos y bien de todos, grandes que tan verdaderamente lo son como estos de quien hablo y pastores tan ilustrados como V. S. I., cuya vida dure muchos años. — B. L. M. de V. S. I.—X.

EL PARNASO ESPAÑOL

Boscan es como el primer albor de una mañana de mayo.

Garcilaso es un quejido dulce que de las fibras del sentimiento se desliza sobre una alfombra de flores.

Rioja es un suspiro que se estrecha contra un sepulcro. Herrera; un rayo de sol vivo y deslumbrante que ciega y asombra.

Breilla, el alarido de un combate vibrando en las cuerdas de un laúd.

Leon, una llama que ruje bajo una losa.

Lope es una abeja que liba todas las flores y que fabrica luego un panal mas dulce y perfumado que las violetas y los claveles.

Calderon es un cielo bordado de estrellas, nunca empañadas, en brillos siempre crecientes.

Quevedo es una carcajada convulsiva.

Cervantes, la apoteosis del génio dominando sobre todos los génius; un espejo de dos reflexiones; la sombra del pasado y la luz del porvenir.

Góngora es un ramillete de rosas blancas perfumadas, pero descoloridas.

Tirso, la sátira disfrazada.

Moreto, el clasicismo moderno, paguando por abrirse paso por entre el romanticismo antiguo.

Alarcon, un panal de dulzuras y una copa de lágrimas.

Rojas, el aura balsámica del hogar.

Moratin, el iris del teatro español.

Jovellanos, la civilizacion y la libertad.

Melendez, la perfumada brisa del campo en una apacible mañana de primavera: el águila que estasiada contempla al sol y despues á la tierra.

Espronceda, el ¡ay! desgarrador de un fénix que á si propio se abrasa.

Quintana, el eco de la libertad, que en el siglo XIX evoca de sus tumbas las sombras de Guzman y de Padilla para aterrar al tirano: el rayo de luz que escapado de la corona de Dios hace comprender á los hombres el inmenso poder del génio.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Escasamente podemos dar á nuestros lectores noticia alguna en lo relativo á la marcha de nuestros negocios interiores. La oscilacion y la volubilidad observada en el giro de las conferencias parlamentarias en estos últimos dias han despojado á estas de todo el interés é importancia que pudiera tener; el proyecto de ley autorizando al gobierno para el cobro de las contribuciones, el relativo á ascensos militares, varias pensiones, y, en fin, un sin número de cuestiones incidentales han ocupado simultáneamente la atención de nuestros representantes nacionales. Así es, que nada en definitivo tenemos que comunicar á nuestros lectores como no sea la traslacion de la corte al real sitio de Aranjuez que tuvo lugar el sábado 18 del corriente mes.

Lo que en nuestra anterior revista hemos indicado acerca de la mala acogida de que ha alcanzado la amnistía concedida por el Czar ruso, parece confirmarse cada vez mas, y hacerse estensiva, no solo á los comprendidos en ella, sino tambien á la misma prensa europea. La mayor

parte de los periódicos ingleses, *La Patrie*, *Journal de Debats*, *La Opinion Nationale* y otros muchísimos periódicos no ven en este acto mas que confusiones ilusorias, hechas con el objeto de engañar á la Europa, y sostienen que la amnistia no consigue cambiar la faz de los acontecimientos.

La cuestion de Polonia sigue á la órden del día. Su levantamiento va generalizándose mas de día en día, y tomando proporciones poco lisonjeras para la Rusia. Muchas de las posiciones ocupadas anteriormente por Langiewitz son de nuevo invadidas y reconquistadas por el torrente de la insurrección. La Podlachi y la Galitzia son hoy dos puntos en donde con mas ardor se sostiene la idea nacional. Este mismo sentimiento de independencia y nacionalidad se comunica prodigiosamente y resuena no solo dentro de los límites de la Polonia y de los puntos á ella comarcanos, sino también en muchas de las provincias que en calidad de tales sustituyen el grande imperio de Czar Alejandro.

La Rusia por el contrario, pierde, como se vé, mucho terreno, al mismo tiempo que no dejarán de colocarla en una situación bastante crítica si se prolongan y estendian mas las discordias y manifestaciones que dentro de su misma nacionalidad tienen lugar. Una correspondencia de San Petersburgo dirigida á la *Gaceta del Danubio*, anuncia que la clase noble de los gobiernos de Twer, Pusk y Motcowwa ha redactado en términos enérgicos, aunque respetuosos mensajes al emperador pidiendo instituciones constitucionales; y espérase que los demás gobiernos sigan el mismo ejemplo. Como se vé, la cosa es un poco seria. Para nadie pudiera ser esta una cuestion mas de fondo y mas trascendental que para la autocracia del orgulloso señor de aquella cacion.

De dos descubrimientos, científico el uno y literario el otro, tenemos que dar cuenta á nuestros lectores. Refiérase el primero á los restos fósiles de un *Glyptodon*, adquisicion que hizo en Buenos Aires la expedicion científica que ha ido al Pacifico. Este animal supónese ser antediluviano y la parte esqueletica que de él se ha hallado, revela que el animal debia tener alguna semejanza con el megaterio y sobre todo muy grandes proporciones. Con este y algunos mas descubrimientos, la ciencia paleontológica dará grandes pasos en la senda de su perfeccion.

El segundo es un descubrimiento que deberá ser gratísimo para los amantes de nuestras glorias literarias, pues se refiere á una carta de nuestro inmortal Cervantes, hallada en los archivos de la casa del señor conde de Altamira. Esta carta está escrita en verso y dirigida á Mateo Vazquez, secretario del rey Felipe II, en la que el autor, cautivo á la sazón en Africa, le pedía que intercediese con el rey en su favor y en el de sus compañeros de desgracias; composicion muy notable, no ya por las bellezas literarias en que abunda, apesar de no ser el verso la forma que mas se adaptaba á Cervantes, sino mas bien por las noticias que suministra de la vida de aquel insigne escritor, hoy gloria de nuestra nacion y asombro de las demás.

Hemos visto ya colocado en un punto muy oportuno en la Biblioteca nacional la gigantesca estatua del Padre maestro Peñjóo. Las colosales dimensiones de ella son la admiracion de cuantos llegan á penetrar aquellos umbrales.

Esta estatua que reúne las mejores condiciones artísticas y que ya la habíamos visto figurar con aplauso en la última esposicion de Bellas Artes, es obra del distinguido

artista señor San Martin, á quien muy sinceramente felicitamos por su trabajo.

También el jóven artista D. Pedro Collado acaba de hacer en mármol un busto del inmortal autor del Quijote, para colocarlo en la casa llamada de Medrano en Argamasilla de Alba, donde Cervantes estuvo preso.—V. C. Fuédo.

El jueves regresó de su expedicion á Sevilla y demás provincias de Andalucía, D. José Morales y Rodriguez, director y propietario de nuestro periódico, habiendo dejado en el primer punto establecida una sucursal de la Empresa, que cada dia, como ven nuestros constantes suscritores, va tomando mayor impulso. Dentro de algunos meses habrá también en Barcelona oficinas dependientes de esta, para ensanchar el círculo de publicacion. Y nos cabe la satisfaccion de decir que tanto aumento en nuestra empresa se debe al gran favor que el público le dispensa por el exacto cumplimiento de todo cuanto ofrece. En Sevilla ha sido aceptada con interés la suscripcion al *Semanario*, y los apreciables colegas de aquel punto se ocupan muy favorablemente de nuestra humilde publicacion. Tanto á ellos como al público que con su cooperacion nos honra, les damos las mas sinceras y expresivas gracias, asegurando que, por nuestra parte, no perdonaremos esfuerzo alguno, siempre que redunde en beneficio de nuestros favorecedores, entre los cuales se cuentan muchos tan antiguos en la suscripcion como el mismo *Semanario*.

Se ha publicado en esta corte en 6 de Marzo último un *Opúsculo filosófico-político-administrativo, ó sea la Verdad sin careta*, basado en la mas sana moral y severos principios de la ciencia, el cual no solo ha sido favorablemente acogido por todas las personas de notoria sensatez, si que también honra á su autor *El amigo del hombre*, la uniformidad de sentimientos humanitarios é ideas, manifestada en varias partes de su discurso del 9, por el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. Marqués de Miraflores, uno de los pro-hombres de Estado mas distinguidos.

Si se publicaran, como dice uno de nuestros colegas, obras de esta clase y tales ideas echarán hondas raíces en la sociedad, el autor del *Opúsculo* veria premiados sus afanes y resuelto en un día, quizás no lejano, el gran problema presentado ante la faz de las naciones.

Recomendamos á nuestros suscritores la adquisicion de dicho folleto que al módico precio de 2 y 1/2 reales en Provincias, se espnde en Cadix en la libreria de la *Revista Médica*, Plazuela de San Agustin, núm. 5; en Sevilla, Sucursal de El Madrileño, calle de Tetuan, núm. 8, y en Madrid en la libreria del mismo periódico y en las de Moro, Cuesta, Duran, Lopez, Mendez y Baylli-Baylliere.

El que no ha gozado jamás el encanto de una amistad franca y desinteresada, ignora toda la felicidad que un hombre puede recibir de otro.—Jouxé.

Desconfiad del hombre que todo lo encuentra bien, del que lo encuentra todo mal, mas aun del que es indiferente á todo.—LAVATER.

Propietario y editor responsable,
D. JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Baquero, Caballero de Gracia, 45, bajo.